

gos de vista y relaciones ciertas, son muchos millones. Sus trajes son varios, porque algunas naciones andan desnudas, y las más vestidas de algodón, labrado curiosamente de pincel. Son gente pacífica, y trabajadora y curiosa, de natural dócil y muy dispuesta a recibir nuestra santa fe... Las tierras son de temple muy regalado y sano, sin frío ni calor demasiado que moleste, abundantes de comidas como maíz, carne de caza y pescados de los ríos de muchos géneros. Las entradas y caminos muy fáciles, así por tierra como por los ríos, que se navegan en canoas. Hay muchas naciones ricas de oro y plata, como es la provincia de los plateros, así llamados porque labran de oro y plata orejeras y narigueras que traen pendientes de las orejas y narices... Viven en pueblos y lugares tan grandes, que tienen una y dos leguas de caserío y vecindad.» En vista de tanta mies que parecía tan dispuesta para la siega, y obtenida la aprobación del señor Obispo y de la Audiencia, pide el P. Fuentes a Su Majestad, se sirva dar licencia a la Compañía para poner en algunas partes de aquel reino vecinas a esta gentilidad, algunas residencias o misiones de asiento (1).

No hay duda que el P. Fuentes veía demasiado risueño el estado de las cosas en las regiones del Marañón. Ni había tantas naciones, ni los pueblos eran tan grandes, ni la abundancia de comestibles tan cumplida, ni los caminos tan fáciles, ni el clima tan templado como él se imaginaba. Empero todos veían con claridad, que se abría una puerta para difundir el Evangelio entre muchos gentiles, y la Compañía no quiso perder esta ocasión de ejercitar su apostólico celo. El Rey no tuvo dificultad en conceder la licencia que se le pedía. Vuelto al Nuevo Mundo el P. Fuentes en 1634, se empezó a disponer lo necesario para fundar las misiones del Marañón.

Admitióse por de pronto un colegio en la ciudad de Cuenca, que era la población de españoles más cercana a la nueva región ocupada por los españoles (2). Pobre y mezquino fué este colegio en sus

(1) Véase el memorial íntegro en el Archivo de Indias, 77-1-34. El P. Chantre, en la *Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español*, pág. 37, copia algunos fragmentos de este memorial.

(2) Sobre los principios de las misiones del Marañón poseemos una breve relación del P. Lucas de la Cueva que lleva este título: «*Relación de la misión de los Mainas que enviaron los Padres Gaspar Cugía y Lucas de la Cueva al P. Provincial Gaspar Sobrino.*» Está fechada el 21 de Octubre de 1640. El P. Sommervogel atribuye al P. Cugía esta relación. Debió engañarle el título, pues el contexto demuestra claramente que es obra de su compañero el P. Cueva. Además debe consultarse el libro del P. Francisco de Figueroa, *Relación de las misiones de la Compañía de Jesús en el país de los Mainas*, obra

primeros años, y reducíase a cuatro Padres y uno o dos Hermanos coadjutores que vivían penosamente de limosna, enseñaban un poco de gramática y ejercitaban los ministerios espirituales con los españoles e indios de la comarca. Había de servir esta fundación como punto de partida para las nuevas misiones y como casa de refugio para suministrar lo necesario a los misioneros. Establecida esta casa, deliberóse por nuestros Padres y con el Obispo y la Audiencia de Quito sobre el modo de asentar la misión en Borja y sus cercanías. El Sr. Obispo juzgó oportuno designar al Superior de la misión por párroco de la ciudad de Borja, pues hasta entonces, aunque habían ido allí tres o cuatro sacerdotes seculares, ninguno había tenido la paciencia y virtud necesaria para perseverar en la cultura de los indios. Aceptada la idea del Prelado, el P. Rector de Quito designó para esta empresa a dos misioneros, sujetos de grandes méritos, y que han dejado santa y edificante memoria en la historia de la Compañía.

Era el primero el P. Gaspar Cugía, nacido en Cerdeña el año 1605. Debía ser Superior de la misión. El segundo llamábase Lucas de la Cueva, y era andaluz, natural de Baeza. Ambos Padres se pusieron en camino a fines del año 1637, y deteniéndose en predicar y confesar a varios pueblos de españoles, llegaron por fin a Borja el 6 de Febrero de 1638. Este día puédesse llamar el de la fundación y principio de las gloriosas misiones del Marañón (1).

Lo primero que hicieron nuestros Padres fué confesar y predicar a los españoles de Borja, que por falta de clero se hallaban, naturalmente, bastante necesitados de la asistencia espiritual de los Nuestrros. Después empezó el P. Cugía a evangelizar, por medio de intérprete, a una multitud de indios mainas que vivían en Borja y en sus cercanías. El P. Lucas de la Cueva se separó de él a los pocos días para la misión que luego referiremos. Una grave dificultad encontró desde luego el P. Cugía en la instrucción de aquellos indios. El primer Go-

terminada en 1661 e impresa en Madrid, 1904. El autor, que fué misionero del Marañón desde 1642, estaba perfectamente informado sobre todo lo que se iba haciendo. Aunque algo posterior, no deja de ser importante el libro del P. Manuel Rodríguez, *El Marañón y Amazonas...* Madrid, 1684. Es un tomo en folio, de 444 páginas, escrito en estilo muy difuso, pero donde aparecen noticias interesantes tomadas de cartas de misioneros que ya se han perdido. Por último, advertiremos que la historia más cumplida de estas célebres misiones la redactó en la segunda mitad del siglo XVIII el P. José Chantre y Herrera, y se publicó en Madrid el año 1901 con este título: *Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español.*

(1) Véase las dos obras citadas anteriormente de Cueva y Figueroa.

bernador de Borja los había reunido cuando estableció su ciudad, y después de decirles algunas cosas por medio de intérpretes, los había hecho bautizar en grandes grupos, pero sin que los indios entendieran ni una palabra de lo que se hacía con ellos. Dos sacerdotes que se habían sucedido en la parroquia de aquella población no habían podido entenderse con los indios. Otro, llamado Alonso de Peralta, buen doctrinero y ejercitado en tratar con los infieles, había catequizado bien unos cuantos indios y los había bautizado con toda regularidad. Éstos fueron los únicos medianamente instruídos que encontró el P. Cugía. Juzgó, pues, indispensable empezar de nuevo la instrucción y bautizar *sub conditione* a todos los demás indios. Al principio se valía de intérpretes, y en esta forma ejerció su ministerio, hasta que al cabo de algunos meses logró entender lo bastante la lengua de los mainas, y pudo instruirlos directamente por sí mismo. Recorrió una por una las encomiendas de indios que habían formado los españoles. Eran veintiuna, situadas casi todas a las orillas del Marañón. El P. Cugía instruyó a los indios de estas encomiendas, y administró en aquel año 1638 un millar de bautismos a los mainas ya reducidos (1).

Poco después emprendió el P. Cugía otra tarea muy importante para perfeccionar la obra de santificación que había empezado con aquellos indios. Abrió una casita en Borja, donde reunió los niños indios, y allí les enseñaba la doctrina cristiana, un poco de los oficios mecánicos que pudieran servirles para la vida, y también la lengua general del Inga, por medio de la cual se podían entender con los indios del Perú. Otra casa semejante abrió para las niñas, y valiéndose del auxilio de algunas buenas señoras, mujeres de los colonos españoles, les enseñaba a hilar, a tejer, bordar y otras labores propias de su sexo. Aquí vemos, como en principio, aquel auxilio que las Órdenes religiosas de mujeres habían de prestar en los tiempos siguientes a los misioneros, enseñando a las niñas y consolidando de este modo la sociedad cristiana, que empezaba con la instrucción doctrinal del misionero (2).

Mientras el P. Cugía se desvelaba por el bien de los mainas en Borja y sus cercanías, el P. Lucas de la Cueva, separado de él por Febrero de 1638, enderezó sus pasos a cierta región, donde se hallaba

(1) Figueroa, *Relación*, n. 3.

(2) El P. Chantre fija este hecho en el año 1642 (I. III, c. 7). El P. Figueroa (*Relación*, n. 2) parece indicar que se hizo poco después de establecerse en Borja el P. Cugía.

un grupo de españoles que había salido a castigar cierta rebelión de los mainas. En cuatro días de penosísimo camino llegó adonde estaba el escuadrón español. El capitán y los soldados le recibieron con muestras de grande alborozo, dispararon al aire sus arcabuces y manifestaron a los indios la extraordinaria estima que hacían de aquel hombre que de nuevo aparecía entre ellos. El P. Cueva exhortó por de pronto a los españoles que, pues entraba la Cuaresma, se dispusiesen todos a purificar sus almas en el sacramento de la Penitencia. Oyóles a todos en confesión, y los dejó tranquilos y reposados. Al mismo tiempo hizo otra cosa buena, que facilitó lo que entonces se deseaba, cual era la reducción de los mainas. El capitán español había condenado a muerte a uno de los cabecillas y empezaba a castigar con bastante severidad a otros más culpables entre los rebeldes. El P. Lucas de la Cueva intercedió por los pobres culpados y procuró con medios suaves atraer la voluntad de los indios, para que recibiesen de buen grado la amistad y alianza de los españoles.

Asegurada esta paz, pidió el P. Cueva que le encaminasen a la región de los geveros, indios muy numerosos que habitaban a la orilla meridional del Amazonas, y de los cuales se había tenido noticia como de la tribu más dócil y menos mal dispuesta para recibir las enseñanzas de la fe. El capitán se ofreció de buen grado a conducirle. Reunió un buen grupo de mainas, acomodó algunas canoas y emprendieron el viaje hacia la región de los geveros. El mismo P. Cueva nos refiere en una carta interesante las peripecias algo extrañas de este viaje por aquellos bosques intrincados y en las corrientes de aquellos ríos, mucho más difíciles de navegar de lo que nosotros nos imaginamos (1). Acostumbrados a los ríos pequeños de Europa, difícilmente nos formamos idea de los graves peligros de muerte que debían arrostrar entonces los aventureros, cuando en frágil canoa se lanzaban a navegar en aquellos caudalosos ríos; tropezaban impensadamente con troncos y peñascos, eran arrastrados tal vez por las corrientes impetuosas, y atravesaban entre indios que desde la orilla hostigaban con sus flechas al navegante. Al cabo de algunos días llegaron sanos y salvos al país de los geveros, y pudieron, por medio de los mainas, entenderse bastante con ellos. El Padre les manifestó el deseo de su bien que le llevaba, y el capitán, entregándoles al misionero, les recomendó que cuidaran de él, que oyeran

(1) El P. Figueroa, en su *Relación*, n. 4, copia textualmente esta carta del P. Cueva, fechada el 16 de Abril de 1638. De ella tomamos los datos de esta narración.

sus palabras y que hicieran todo cuanto dijese aquel hombre, pues todo había de ser para mayor bien de ellos. Los indios prometieron hacerlo todo así, con la facilidad con que ellos suelen prometer. Con esto el capitán se volvió a Borja, y el P. Lucas de la Cueva se quedó solo en aquella tribu salvaje (1).

Empezó por exhortar a los indios a que formaran pueblo en sitio cómodo, para que pudiera mejor tratar con ellos y enseñarles las cosas de la religión, pero desde luego tropezó con una repugnancia invencible, que todos sentían a abandonar sus rincones y bosques impenetrables. Observando esto el Padre, tomóse el trabajo de ir visitando uno por uno los escondrijos en que se metían estos indios. Habló también con algunas tribus distintas de los geveros, y durante medio año todo fué correr por un lado y otro sin conseguir nunca de nadie el reunirse en forma de pueblo. Al cabo de algunos meses empezaron los geveros a cansarse de asistir al P. Cueva; poco a poco le iban dejando solo y no le daban nada de comer. Llegó el caso muy natural de caer enfermo con tantos trabajos y de verse enteramente abandonado en una pobre chozuela. Allí estaba solo, sin más compañía que dos niños geveros que le tenían algún cariño, y esperando la muerte, que ya no podía tardar. Escribió en un papel breves renglones contando al P. Cugía lo que le había sucedido. Dejó este papel a su cabecera, y encargó a los niños que cuando él muriese llevasen aquello al P. Gaspar.

Empero la divina Providencia, que velaba por su siervo, dispuso prolongarle la vida, como en efecto se la prolongó por espacio de treinta y tres años. Es el caso; que a los ocho meses el Gobernador de Borja quiso tener noticias del buen P. Lucas de la Cueva, y para esto envió algunos españoles que le buscasen en la región donde le habían dejado. Llegaron éstos al territorio de los geveros, y encontraron al santo varón tendido en una choza, hinchado desde la cintura para abajo, con grandes llagas en las piernas y ya puesto a punto de morir (2). Llamaron a los principales indios y les reprendieron ásperamente por el abandono en que habían dejado al misionero. Tuvieron la idea, muy natural, de tomar al Padre en peso y llevárselo a Borja, pero le hallaron tan consumido y gastado, que juzgaron se le moriría irremisiblemente en el camino. Habiéndole, pues, dejado algunas provisiones y regalos de lo que llevaban consigo, volvieron

(1) Hasta aquí la carta citada del P. Cueva.

(2) Véase la *Relación* del P. Figueroa desde el número 4 en adelante.

corriendo a Borja y anunciaron al P. Cugía el estado lamentable en que habían dejado a su compañero de fatigas.

El P. Cugía voló al instante al socorro del enfermo; llevó consigo todos los regalos que pudo, y cuando se encontró con él le halló un poco más animado. Como su principal enfermedad había sido el hambre, con las provisiones que le habían dejado los españoles había recobrado algo de vida. La compañía del P. Cugía le animó muchísimo, y al cabo de pocos días se hallaba otra vez bueno y animoso y dispuesto á continuar sus fatigas entre aquellos pobres infieles. Los geveros, arrepentidos de su culpa, le pedían mil perdones, y el Padre les prometió no apartarse nunca de su lado. Con esto se consiguió espontáneamente y sin nuevas exhortaciones y ruegos del misionero, lo que en ocho meses no había podido lograr, y fué que los mismos indios se decidiesen por fin a vivir en pueblos y obedecer mejor al P. Cueva. Éste formó entonces el primer pueblo de aquellos infieles, que dedicó a la Inmaculada Concepción, y por eso le puso el nombre de *Limpia Concepción de Geveros* (1).

4. Mientras los dos primeros apóstoles del Marañón se esforzaban por echar los fundamentos de aquellas gloriosas misiones, ocurrió un suceso que no dejó de influir en la suerte futura de aquellos trabajos apostólicos (2). El año 1637 el capitán Juan de Palacios, con una compañía de españoles, había hecho una entrada hacia el río Aguarico y hacia el Napo, deseando establecer otra población. Fueron a su lado dos Padres franciscanos con dos Hermanos legos, para predicar la fe a los infieles que se recogiesen. No dió buen resultado aquella expedición. El capitán, más bien que de formar pueblos, trataba de cautivar indios, y éstos, que no querían dejarse dominar, se rebelaron contra los españoles, y todo anunciaba un trágico desenlace. Los dos Padres franciscanos, viendo que en el estado violento a que habían llegado las cosas, nada podían hacer por el bien espiritual de los infieles, se volvieron a Quito; pero los dos legos, llamados Fray Domingo Brieva y Fray Andrés de Toledo, concibieron una idea que hoy juzgaríamos descabellada, pero que entonces no parecía tan absurda a los aventureros españoles y portugueses de las

(1) *Ibid.* Véase también la *Relación de la misión de los Mainas* del P. Cueva. Verdad es que en esta relación apenas hace más que insinuar los trabajos que padeció.

(2) Todo lo que decimos sobre esta expedición por el Amazonas lo tomamos del libro que imprimió luego el P. Acuña con el título *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*. Madrid, 1641. Se ha reproducido la edición en Madrid, 1891; 8.º, 218 páginas.

Américas. Reunieron unos pocos soldados, cargaron de provisiones una gran canoa y resolvieron ir navegando agua abajo hasta encontrarse con tierra de cristianos. Siguieron el curso del Aguarico, entraron después en el río Napo, y al poco tiempo dieron en el cauce del Amazonas. Siguiendo el curso de este famoso río, navegaron sin cesar algunas semanas, hasta que, por fin, después de mil peligros y aventuras, llegaron a la ciudad de Pará, cerca de la desembocadura del río.

Refiriendo allí a los portugueses los percances de su viaje, discurren éstos que convendría explorar el río Amazonas, para ocupar los puestos oportunos y fomentar el comercio entre las regiones del Brasil y las de Quito y Perú. Prepararon, pues, una expedición, mandada por el capitán Juan Texeira, y tomando por guía a los dos legos franciscanos, navegaron agua arriba por el Amazonas, subieron después por el Napo y entraron en el Aguarico, avanzando hasta donde podía cómodamente navegarse. Allí saltaron en tierra, y dejando un pequeño grupo de portugueses en guardia de las canoas, el capitán Texeira se adelantó con los demás hasta Quito. Dió cuenta a la real Audiencia de lo que había observado en su viaje. La Audiencia lo comunicó al Virrey del Perú, y todos juzgaron que convendría enviar algunos exploradores, que, dirigiéndose por el río en compañía de los portugueses, diesen cuenta después a Su Majestad de todo lo que hubieran observado, para ver lo que podía disponerse en provecho de la nación.

Fueron escogidos para esta empresa dos Padres de la Compañía: Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda. Salieron ambos de Quito con los portugueses el 16 de Febrero de 1639, y después de un viaje de diez meses, parte por agua y parte por tierra, en el cual investigaron lo que pudieron sobre la topografía de aquellas regiones y sobre los indios que las poblaban, llegaron a la ciudad de Pará. De allí se embarcaron para Europa, y en 1640 representaron a Felipe IV lo que habían observado sobre el río Amazonas. Mientras ellos daban sus informes, ocurrió la separación de Portugal, y con esto se interrumpieron los proyectos que habían concebido ambos misioneros sobre ulteriores exploraciones en el río Marañón. Con todo, el P. Acuña imprimió un libro o relación de su pasado viaje (1). Está dividido en 83 números o párrafos breves, y se lee con interés por la curiosidad de los objetos que entonces se presentaban como nue-

(1) Es el citado anteriormente.

vos a los ojos de Europa. No es esto decir que falten patrañas, como no habían de faltar en todas las relaciones de entonces. El P. Acuña admite con poca crítica algunos rumores que oyó entre los indios, con quienes pudo hablar a orillas del Amazonas. Así le vemos mencionar en el número 63 la existencia de los gigantes, y en los 71 y 72 la de las mujeres amazonas, fábula que dió lugar al nombre mismo del río. No pudieron conseguir por entonces, como hemos dicho, todo lo que ellos habían esperado, pero volviendo ambos Padres a la América, dieron noticia a los Nuestrros de las tribus numerosas que poblaban las orillas del gran río, y contribuyeron bastante a que se estimase en mucho la misión empezada y a que se despertaran muchas vocaciones para ir a trabajar apostólicamente en las orillas del Marañón.

5. Entretanto, los dos primeros operarios evangélicos adelantaban cuanto podían la conversión de los indios. En 1640 el P. Cugía envió a su compañero a Quito, para que refiriese a nuestros Padres el estado de aquellas misiones e invitase a los que quisiesen acompañarle en tan gloriosas fatigas. Presentóse en Quito el P. Cueva, pero como escaseaba tanto el personal en nuestras casas, hubo de volverse a la misión sin llevar consigo ningún nuevo operario (1). En cambio, murmurábase en Quito de que no correspondía el fruto a los trabajos indecibles que sufrían aquellos dos misioneros. El P. Francisco Fuentes, Rector del colegio, llamó al P. Cugía para informarse cumplidamente sobre el estado de las misiones. Llegóse a Quito el P. Cugía, llevando consigo una curiosa relación, la más antigua que se escribió, de aquellas misiones, redactada por el P. Lucas de la Cueva (2). En ella exponía ante todo las graves dificultades que se padecían en la misión, los caminos intransitables, los bosques vírgenes, las corrientes y ríos peligrosos, la gran dificultad de comunicarse con nuestras casas y colegios.

Sobre todo, es curioso lo que nos dice sobre el salto del Marañón, llamado Pongo de Manseriche, que era hasta entonces el único camino para llegar desde Quito a Borja. «Tiene de largo, dice el P. Cueva, según dicen, tres leguas. Navégase con indecible velocidad, con el Jesús y Credo en la boca, porque el riesgo de la vida está siempre a los ojos. En esta distancia, que todo es un riesgo conti-

(1) Véase la carta del P. Cueva, fecha el 1.º Noviembre 1640 y publicada en el *Memorial histórico español*, t. XVI, pág. 320.

(2) Es la citada más arriba.